

ALMA EN ÉXODO

(La vi un momento asomar
en las torres del olvido.
Quise y no pude gritar.

MACHADO)

AUNQUE me muera mañana,
he recorrido una vida
durante esta noche larga.

Me sali por los caminos,
abandonando mi casa,
mi casa, sola en el campo,
en el campo abandonada.

El viento, con voz de enigma,
me perdía y me guiaba.
La luna, por entre nubes,
iba próxima y lejana.

La noche abría a mi paso
sus estrellas dilatadas
de frío y sueño, pupilas
ya muertas y aun no cerradas.

¡Tal vez llegué hasta la cruz
que abre sus brazos fantasmas
en la dispersión de rutas
de los llanos y las ánimas,

pues al mirarme al espejo
aun noto el girar de un aspa
de sombra, que se me aleja,
dejando mi boca amargal

ELEAZAR HUERTA.

ÚLTIMA VOZ

A Maruja Falena

CUENTA, dime de la mar,
de un lejano que no he visto.
De este aire que va besando
la estela de los caminos.

Dime qué quieren los árboles
y los álamos del río,
con la esperanza en la prora
de los soles que han partido.

¡Qué quiere el tiempo sagaz
sobre el tronco carcomido
del almendro que me mira
con sus pudores esquivos!

¡Qué quieres, amada mía,
de estos campos que han herido
las brújulas de los vientos
y las flechas del olvido!

¡Qué quieres, amada, di
qué quieres, amor mío!...

Pálido el atardecer,
por las piedras del camino
fingía pájaros mudos
como extáticos suspiros.

Cerró la noche, y el tiempo
cabalgó sobre los ríos.

EMILIANO MORENO.

Sela del Mar

Por Enrique Soriano

1 ALLÍ VIVIAN felices todos los hijos del Mar. Y era porque el Mar fué verde tálamo de sirenas y atlantes para que le diesen hijos: hijos puros de músculos de roca, de mirar de proa, de sangre viva, y savia salada; e hijas de cabellos de algas, de pálida frente de marfil y de niebla como el alba marina, de mirar glauco; y en toda la cara el brillo sagrao de la luz sobre el Mar.

Y llamábanle a su pueblo Sela del Mar. Y era el pueblo como un alfanje de oro al pie de los montes. Caían las laderas duras, vertiginosas, sobre los verdes tejadillos, ansiosas de sal y de viento; y cortaban con su filo de piedra la media luna rubia que se prolongaba, a la izquierda de las casas aplanadas, hasta quedar cuajada por el último rompeolas, feliz ya, con abrazos de agua.

Y aquel mar era siempre bueno porque sus hijos lo fueron: porque guardaron pura la savia de sus venas y tuvieron el corazón raigado en el lomo de encaje de las olas; y las mujeres no conocieron a varones de tierra, ni los hombres besaron labios en sazón artificial. Y así todos eran de corazón verde y transparente. Y no les pudo ganar la sequedad desconocida.

Y la vida era una inmensa rosa azul de paz deshojada en la playa.

Y había animales, pero los sagrados del Mar: ágiles albatros, gaviotas que diluían su blanco plumaje en los hombros de leche de las hijas de Sela, patos salvajes, medusas de gelatina y cristal... Y el único animal de tierra fué el buey, porque era tan viejo como la noche en que quiso hijos el Mar, y porque era dócil y mansamente, traía del alba los quelonios de las barcas—fecundos de peces sus vientres de brea—.

Y el Tiempo olvidó el nombre de Sela del Mar y no aparecía ésta en su reloj de ciudades. Y el Mar era el Tiempo para la vida de los hombres: que una noche se los llevaba con un largo brazo de agua.

Y no conociéronse viejos: que sólo los bueyes lo eran; y también se paró su edad y no se ahondaron más los surcos pardos de sus arrugas de cordobán milenario.

Tenían todos el tiempo parado en los ojos; y no se empañaron de niebla las pupilas verdes de Ellas; y traspasó la niebla el viento buído en los ojos de cantil.

2 TODOS TENIAN SU FE en el Mar. Todos unidos estaban por la ingenuidad blanca que los separaba del interior. Todos menos uno que no fué fiel y quiso ver las ciudades populosas que había tras las montañas. Y llegóse a escuchar las sirenas de los puertos impuros y embravecióse el Mar. Que él no quería las proas de acero, sino los blandos buches de las barcas; ni las boyas eléctricas, sino las estrellas constantes; ni el sargazo putrefacto de los puertos, sino las aguas alegres en su verde transparencia limpia; ni el ropaje de las pescadoras de otros meridianos, sino las hijas desnudas propicias al beso salado.

Y el hombre quiso saber y el Mar temió. Que ni sus hijos conocían ciudades, ni a los hombres de tierra llegó el aliento límpido de Sela del Mar.

Y aconteció que se llenó de agua rebullida la playa. Y se apagaron las estrellas. Y el hombre malo envejeció, y se le oscurecieron los ojos, y en su monstruosa vejez viéronle sus hermanos culpable de la ira del Dios. Y diéronle muerte y entregaron a las aguas el sacrificio de su cadáver. Y flotó mucho tiempo porque el Mar no lo quería...

3 PERO EL MAR no vió que su locura desmenada en agua (por donde venía la noche, en el arrecife que cuajaba en luna la playa) había abierto una pupila de gigante. Y al otro día—convulso de agua amarga—temblaría su hondo corazón ante el ojo fatal del Polifemo de piedra.

4 LLAMÁBASE LEAMAR su más bella hija. Era más hermosa que ninguna y para Esposa hubiérala querido el Mar. Tenía en la frente un brillo como el que pone el Sol en la alta cruz de la palmera solitaria... Y el brillo se derramaba por el oro del hombro, por sus altos pechos, por su vientre que daba la pura fecundidad de unos hijos de corazón verde y por sus muslos de nieve gemela... Y así la amaba su Esposo. Y así tuvo sus hijos, los más queridos del Dios que se asomaba a verlos mientras ellos jugaban en su granja de peces.

5 Y POR EL OJO DE CÍCLOPE abierto en la montaña por la pasada tempestad vino un hombre de tierra. Y en sus ojos asombrados brilló la rosa deshojada de la paz que el Mar quiso hacerse. Pero miró irónico las casas primitivas y las barcas antiguas y echó de menos el olor de las mandrágoras. Y deambuló por la playa sin ver el ceño tembloroso de las aguas, que no alzaron su voz para no despertar a sus hijos.

Y el hombre vió luz en la casa de Leamar: la vió dormida y fulgente; y—como en los reinos del Dios de la Tierra—la deseó.

Y sucedió que al siguiente día fué el esposo por el amanecer de las aguas con su barca; y entró el viajero en la casa de Leamar.

6 Y EL MAR NADA DIJO AL HOMBRE que fué a pescar. Y vió desolado el terrible maridaje y ahogó su celo. Y fueron las aguas tranquilas. Y las olas no quisieron invadir la playa de Sela del Mar.

Y quiso el intruso volver a las urbes lejanas y al cruzar el túnel todo se deshizo en un trueno de piedra.

Ya no volverían los hombres de los puertos sucios a entrar en el dominio del Mar, que dió a Leamar súbita vejez. Y un brazo de agua llevósele con el hijo que ya latía en su vientre y no tendría el corazón de esmeralda.

Y volvía el Esposo hacia la playa, cantando, y tocó el cadáver de Leamar el costado de la barca.

Y Él no la reconoció.